

LIGEROS APUNTES

— SOBRE LA —

Filosofía de Spencer

— comparada con la —

Filosofía Escolástica

— por el —

Pbro. Secundino Briceño.



B1652

B7

c.1

LEON.—1894.

IMPRESA Y LIBRERIA DE FRANCISCO VERDAYES.

500





1080026627



LIGEROS APUNTES

—sobre la—

Philosophia de Spencer

—COMPARADA CON LA—

Philosophia Escolástica

DISCURSO

pronunciado por el Pbro. Secundino Briceño, catedrático de Filosofía en el Seminario Conciliar, la noche del 27 de Agosto de 1894, en el solemne reparto de premios del mismo Seminario.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tollaz
LEÓN.—1894.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE FRANCISCO VERDAYES.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

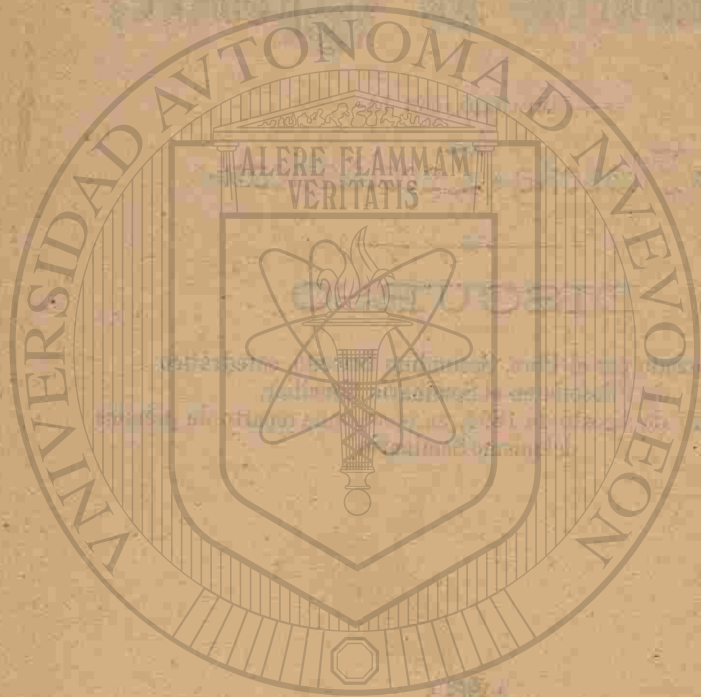
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TOLLAZ

41963

B 1652

87

LIBROS APUNTES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Biblioteca Universitaria
Capilla Almería

FONDO EMÉTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

1881

ILMO. SEÑOR:

Como V. S. Ilma. me lo ordenó verbalmente, he leído el discurso que pronunció el Sr. Pbro. D. Secundino Briceño el 27 de Agosto del corriente año, en la distribución de premios de nuestro Seminario, y tengo el honor de manifestar á V. S. Ilma. que juzgo esa pieza literaria como un trabajo de mucho mérito y de grande importancia; tanto porque me parece una clara manifestación de los amplios y profundos conocimientos que su autor posee en materias filosóficas, como porque en ella se hacen palpables muchos de los absurdos y contradicciones que contiene la obra de Spencer que lleva por título «Primeros principios.» Sobre todo, es muy de notarse que este trabajo, tan concienzudo y difícil como es, pertenece por completo al Sr. Briceño, quien no se ha inspirado en ningún impugnador del positivista inglés. Tal es mi juicio que en todo sujeto al recto criterio de V. S. Ilma.

León, Septiembre 27 de 1894.

J. TRINIDAD ALBA.

Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo, Dr. D. Tomás Barón y Morales.—Presente.

LEÓN, OCTUBRE 4 DE 1894.

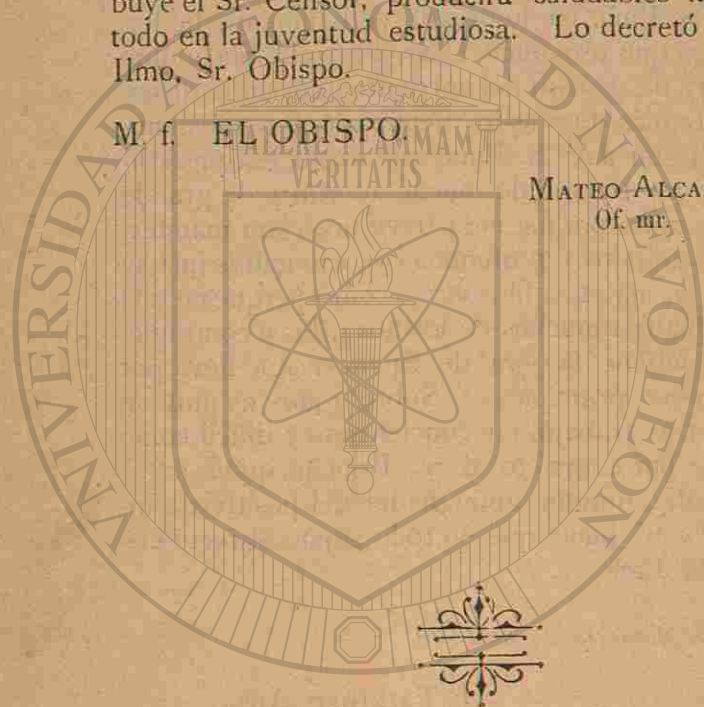
Visto el informe que antecede del Sr. Pbro. D. José Trinidad Alba, Párroco del Sagrario de Ntra. Santa Iglesia, acerca del discurso que el Sr. Pbro. D. Secundino Briceño pronunció en la distribución de premios

004800

de nuestro Seminario, verificada en la noche del 27 de Agosto del corriente año, damos Nuestra superior licencia para la impresión y publicación del mencionado discurso, no dudando que la lectura de esta pieza literaria, por el indiscutible mérito que justamente le atribuye el Sr. Censor, producirá saludables frutos, sobre todo en la juventud estudiosa. Lo decretó y firmó el Ilmo. Sr. Obispo.

M. f. EL OBISPO.

MATEO ALCARAZ,
Of. nr.



A STO. TOMAS DE AQUINO,

MAESTRO POR EXCELENCIA

DE LA

FILOSOFIA ESCOLASTICA,

ACREEDORA, POR LA VERDAD Y PROFUNDIDAD

DE SUS ENSEÑANZAS,

AL TITULO, DE

FILOSOFIA DE TODOS LOS TIEMPOS,

DEDICA ESTE INSIGNIFICANTE TRABAJO,

COMO PRUEBA DE

ADMIRACION PROFUNDA Y AFECTUOSA DEVOCION,

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Ilmo. Señor, Señores:



DESDE que oí en mi cátedra las primeras lecciones de Filosofía Escolástica, me formé un alto concepto de la gravedad de esa disciplina que ha contado entre sus profesores un sin número de eminencias, y cuyo merecido prestigio ha pasado justamente al través de tantos siglos: despertándose al mismo tiempo en mi alma una afición muy particular por sus doctrinas. Este afecto se acentuaba cada vez más, al par que una profunda persuasión de la excelencia de ese sistema de conocimientos tan sublime y compacto, que lleva el nombre de Filosofía Escolástica, á proporción que con ánimo mas reposado me dedicaba sucesivamente al estudio de las varias cuestiones de tan vasta ciencia. Sin dificultad pude convencerme, de que la opinión que hasta entonces había formado de ella, nada tenía de exagerado ni de ilusorio, cuando leí en la obra titulada « Lecciones de Filosofía Escolástica, » escrita por un gran sábio de nuestros días, el P. Juan M. Cornoldi, las siguientes palabras: « lo que todo hombre de talento debe buscar, tratándose de Filosofía, es, exclusivamente, si ésta es falsa ó verdadera. Ahora bien; si estose busca, se encontrará, que la Filosofía Escolástica, no solamente es verdadera, sino que tiene en sí un indicio precioso de verdad en haber permanecido la única, aun cuando los profanos la hayan arrojado del mundo científico, y traten de criar otra y otras, no alcanzando jamás á constituir un cuerpo de doctrinas especulativas, completo, lleno, seguro y universalmente profesado por los doctos en sus principales fundamentos. Puede afirmarse con toda exactitud, que en



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Ilmo. Señor, Señores:

DESDE que oí en mi cátedra las primeras lecciones de Filosofía Escolástica, me formé un alto concepto de la gravedad de esa disciplina que ha contado entre sus profesores un sin número de eminencias, y cuyo merecido prestigio ha pasado justamente al través de tantos siglos: despertándose al mismo tiempo en mi alma una afición muy particular por sus doctrinas. Este afecto se acentuaba cada vez más, al par que una profunda persuasión de la excelencia de ese sistema de conocimientos tan sublime y compacto, que lleva el nombre de Filosofía Escolástica, á proporción que con ánimo mas reposado me dedicaba sucesivamente al estudio de las varias cuestiones de tan vasta ciencia. Sin dificultad pude convencerme, de que la opinión que hasta entonces había formado de ella, nada tenía de exagerado ni de ilusorio, cuando leí en la obra titulada « Lecciones de Filosofía Escolástica, » escrita por un gran sábio de nuestros días, el P. Juan M. Cornoldi, las siguientes palabras: « lo que todo hombre de talento debe buscar, tratándose de Filosofía, es, exclusivamente, si ésta es falsa ó verdadera. Ahora bien; si estose busca, se encontrará, que la Filosofía Escolástica, no solamente es verdadera, sino que tiene en sí un indicio precioso de verdad en haber permanecido la única, aun cuando los profanos la hayan arrojado del mundo científico, y traten de criar otra y otras, no alcanzando jamás á constituir un cuerpo de doctrinas especulativas, completo, lleno, seguro y universalmente profesado por los doctos en sus principales fundamentos. Puede afirmarse con toda exactitud, que en

el mundo científico moderno, no existe una filosofía anti-escolástica, sino extraescolástica.» (1)

Mas en contraposición de un elogio tan brillante, oigamos estas terribles palabras que ha pronunciado un famoso positivista, Mr. Littré, (2) «El espíritu positivo ha cerrado sucesivamente todas las puertas al teológico y metafísico, descubriendo las condiciones de la existencia de todos los fenómenos accesibles y la imposibilidad de alcanzar nada mas allá.» Estas palabras son funestamente sentenciosas, pues que contienen nada ménos que la sentencia de muerte de la Filosofía Escolástica, que ha recibido los apodos de filosofía de iglesia, de sacristía, y cuya metafísica ha sido tenida por ridícula, como creación de sutiles soñadores.

No hay remedio, según los positivistas, ha llegado ya la época en que la Metafísica debía morir para siempre, cediendo su puesto de honor al positivismo, cuya existencia vigorosa es incompatible con la del vano escolasticismo. Es doctrina de Compte, que (3) «cada uno de nuestros conceptos principales..... pasa por tres estados teóricos diferentes: el teológico ó ficticio, el metafísico ó abstracto, el científico ó positivo.»

De aquí nacen tres clases de sistemas generales de filosofía que mutuamente se excluyen: (4) «la primera es el punto de partida necesario de la inteligencia humana; la tercera, su estado fijo ó definitivo; la segunda está destinada únicamente á servir de transición.» Según el sentir de los filósofos positivistas, la Metafísica debía perecer para que naciera el Positivismo, que sonríe hoy en su primavera, siendo la filosofía de la actualidad, y vivirá en una primavera eterna porque será la eterna filosofía del porvenir. (5) «La humanidad, dice

(1) Introducción de la primera y segunda edición.

(2) Conservation, p. 61.

(3) Cours de phil. posit. t. I, p. 8.

(4) Ibid.

(5) Cours de phil. posit. 45, l. 6.

Littré, ha sido regida en su niñez y en su juventud, por las leyes de la trascendencia. Lo será en su madurez por las de la inmanencia.»

Ahora bien, Augusto Compte, padre de los positivistas franceses, admite, según el testimonio de Heriberto Spencer, que el sistema filosófico llamado en Inglaterra «Filosofía natural,» y el que en Francia lleva el nombre de «Filosofía positiva,» se componen de conocimientos esencialmente idénticos. Y el mismo Spencer dice «que la filosofía positivista no es mas que el desarrollo de la filosofía natural.» (1) No es pues extraño que la filosofía de Spencer haya adquirido tanto prestigio en nuestros dias, haciéndose tan popular en las escuelas modernas filosóficas.

Y si preguntamos ¿qué filosofía es esa, que pretende tener derecho á reinar en el mundo de las inteligencias? Spencer nos contestará con esta fórmula pomposa: (2) «La filosofía es el saber completamente unificado.» En verdad que esta brevísima definición tal como suena no es nada sospechosa; por el contrario, parece darnos una grandiosa idea de la ciencia filosófica. ¿Habrán pues de ser injustos los calificativos de materialista, panteísta y ateísta, dados á la filosofía spenceriana? ¿Serán otra cosa que una ciega preocupación, sugerida por la afición tenáz al escolasticismo? ¿Será una temeridad el desconfiar de las protestas que nace el autor en el último capítulo de los Primeros principios? Procuremos cerciorarnos de todo esto, examinando la definición de la filosofía dada por Spencer, tomando, para interpretarla, las doctrinas que el autor ha esparcido en la obra citada.

Si después de tal examen, esta filosofía se nos presenta con los caracteres de la verdadera, habremos de adherirnos forzosamente á ella; porque así nos lo exige

(1) Primeros principios, parte 2^a cap. I. traducción de José Andrés Irueste.

imperiosamente la verdad. Y siendo cierto que la filosofía escolástica cuenta con tantos y tan poderosos títulos para ser tenida como la verdadera, tendremos el placer de verlas unirse estrechamente, profesando en el fondo los mismos principios, pues estamos convencidos que lo verdadero no se opone á lo verdadero. Mas si después del examen de la crítica, no reconocemos en dicha filosofía, los caracteres de la verdad, únicos títulos que la harían acreedora á la sumisión de nuestro entendimiento, la habremos de rechazar, porque el error descubier- to no tiene atractivo ninguno.

Os suplico, pues, Señores, que os sirvais prestar atención á las reflexiones que haré en seguida sobre la naturaleza de la filosofía spenceriana, fijándome particularmente en su definición, y exponiendo ésta según las doctrinas del autor en su obra mencionada: «Los primeros principios.»

I.

Al lado de la definición de la Filosofía, y para hacerla comprender mejor, da Spencer la definición de ciencia, así como también la definición del conocimiento vulgar. «*El conocimiento vulgar, dice, es el saber no unificado; la ciencia es el saber parcialmente unificado; la Filosofía es el saber completamente unificado.*» (1)

No sólo el examen comparativo de estas tres definiciones, sino también las consideraciones que hace su autor antes de formularlas, nos enseñan á formarnos una idea de la excelencia de los conceptos filosóficos con relación á cualesquiera otros. El Sr. Spencer trata de distinguir con gran cuidado la Filosofía, de las ciencias, dando simplemente el nombre de tales á aquellos conocimientos, que por la limitación de su esfera, deben colocarse en un grado inferior á la Filosofía. Ocupando ésta un

(1) Pág. 114, lín. 34.

lugar tan eminente sobre las ciencias, que se emplean ya en la noble tarea de unificar el pensamiento, mucho más se eleva sobre el conocimiento vulgar, que de suyo se encuentra colocado en un puesto más humilde aún, respecto de las ciencias mismas.

El conocimiento vulgar es sin duda el mas concreto é imperfecto, que ocupa el último grado en la escala del saber humano; el conocimiento filosófico, por el contrario, está situado en la cumbre de esa escala; pues es el resultado de las últimas abstracciones y generalizaciones intelectuales: es el conocimiento mas universal, así por la amplitud de su objeto, como por la manera de tocarlo. «Lo que queda como elemento común de los diversos conceptos de la Filosofía, una vez eliminados los elementos desacordes, es: *conocimiento del mayor grado de generalidad.*» ha dicho Spencer. (1) La consideración de las verdades más elevadas, de las leyes más universales, que dan materia para la completa unificación del saber, es atribución de la Filosofía, cuyos conceptos deben estar dotados de la mas alta perfección.

A la verdad, los conocimientos filosóficos no solamente están dotados de una perfección intrínseca especial, por ser el producto de trabajos intelectuales de una abstracción cada vez mas completa, de cuyo principio nace la jerarquía de las ciencias; sino que á proporción de su mayor generalidad, contienen á los conocimientos de un orden inferior por su menor generalidad, y les prestan firme apoyo. «Lo mismo que cada generalización científica abarca y consolida las generalizaciones inferiores de su sección, las generalizaciones de la Filosofía abarcan y consolidan todas las generalizaciones científicas.» (2)

Sirviéndonos siempre de las doctrinas del filósofo inglés, examinemos lo que valen para él, en último análi-

(1) Sp. pág. 116, lín. 33.

(2) Pág. 117, lín. 3.

imperiosamente la verdad. Y siendo cierto que la filosofía escolástica cuenta con tantos y tan poderosos títulos para ser tenida como la verdadera, tendremos el placer de verlas unirse estrechamente, profesando en el fondo los mismos principios, pues estamos convencidos que lo verdadero no se opone á lo verdadero. Mas si después del examen de la crítica, no reconocemos en dicha filosofía, los caracteres de la verdad, únicos títulos que la harían acreedora á la sumisión de nuestro entendimiento, la habremos de rechazar, porque el error descubier- to no tiene atractivo ninguno.

Os suplico, pues, Señores, que os sirvais prestar atención á las reflexiones que haré en seguida sobre la naturaleza de la filosofía spenceriana, fijándome particularmente en su definición, y exponiendo ésta según las doctrinas del autor en su obra mencionada: «Los primeros principios.»

I.

Al lado de la definición de la Filosofía, y para hacerla comprender mejor, da Spencer la definición de ciencia, así como también la definición del conocimiento vulgar. «*El conocimiento vulgar, dice, es el saber no unificado; la ciencia es el saber parcialmente unificado; la Filosofía es el saber completamente unificado.*» (1)

No sólo el examen comparativo de estas tres definiciones, sino también las consideraciones que hace su autor antes de formularlas, nos enseñan á formarnos una idea de la excelencia de los conceptos filosóficos con relación á cualesquiera otros. El Sr. Spencer trata de distinguir con gran cuidado la Filosofía, de las ciencias, dando simplemente el nombre de tales á aquellos conocimientos, que por la limitación de su esfera, deben colocarse en un grado inferior á la Filosofía. Ocupando ésta un

(1) Pág. 114, lín. 34.

lugar tan eminente sobre las ciencias, que se emplean ya en la noble tarea de unificar el pensamiento, mucho más se eleva sobre el conocimiento vulgar, que de suyo se encuentra colocado en un puesto más humilde aún, respecto de las ciencias mismas.

El conocimiento vulgar es sin duda el mas concreto é imperfecto, que ocupa el último grado en la escala del saber humano; el conocimiento filosófico, por el contrario, está situado en la cumbre de esa escala; pues es el resultado de las últimas abstracciones y generalizaciones intelectuales: es el conocimiento mas universal, así por la amplitud de su objeto, como por la manera de tocarlo. «Lo que queda como elemento común de los diversos conceptos de la Filosofía, una vez eliminados los elementos desacordes, es: *conocimiento del mayor grado de generalidad.*» ha dicho Spencer. (1) La consideración de las verdades más elevadas, de las leyes más universales, que dan materia para la completa unificación del saber, es atribución de la Filosofía, cuyos conceptos deben estar dotados de la mas alta perfección.

A la verdad, los conocimientos filosóficos no solamente están dotados de una perfección intrínseca especial, por ser el producto de trabajos intelectuales de una abstracción cada vez mas completa, de cuyo principio nace la jerarquía de las ciencias; sino que á proporción de su mayor generalidad, contienen á los conocimientos de un orden inferior por su menor generalidad, y les prestan firme apoyo. «Lo mismo que cada generalización científica abarca y consolida las generalizaciones inferiores de su sección, las generalizaciones de la Filosofía abarcan y consolidan todas las generalizaciones científicas.» (2)

Sirviéndonos siempre de las doctrinas del filósofo inglés, examinemos lo que valen para él, en último análi-

(1) Sp. pág. 116, lín. 33.

(2) Pág. 117, lín. 3.

sis, los conocimientos de la Filosofía, estudiando la naturaleza de los conceptos simbólicos á cuya clase pertenecen los conceptos filosóficos, según el mismo escritor.

Según enseña en el capítulo II de la primera parte, de Los primeros principios, se llaman conceptos simbólicos, aquellas representaciones ideales, que ó por representar seres complejos, cuyos atributos *no pueden unirse bien en un solo estado de conciencia*, ó bien, por representar colecciones mas ó menos numerosas, no conservan sino ciertos rasgos característicos de mayor ó menor importancia; pues en el primer caso: de aquellos objetos, cuyos atributos son demasiado extensos ó numerosos para ser reunidos, *nos es preciso dejar de concebir parte de ellos ó todos*, es decir: que entonces, ó nos formamos un concepto simbólico ó ninguno. (1) En el segundo caso: tratándose de una idea colectiva, *tiende ésta cada vez á ser un puro símbolo*. (2)

«Tales conceptos simbólicos son indispensables á la Filosofía;» (3) porque si ella se vale de conocimientos universales y abstractos, no puede prescindir de valerse de los conceptos simbólicos; como quiera que, según Spencer, la formación de tales conceptos *se verifica inevitablemente á medida que pasamos de los objetos pequeños y concretos á los grandes y abstractos*. (4)

Ahora bien: *los conceptos simbólicos no son de por sí conceptos propiamente dichos*, según el mismo filósofo, y por consiguiente, tales conceptos no pueden expresar la semejanza perfecta de su objeto.

Hé aquí la aplicación del principio á que acabo de referirme, es á saber: que los conceptos simbólicos no son conceptos propiamente dichos, en el ejemplo que propone el autor de Los primeros principios. «Preguntará el lector: ¿qué concepto tenemos de la tierra? Porque

- (1) Pág. 29, lín. 5.
- (2) Pág. 28, lín. 34.
- (3) Pág. 30, lín. 32.
- (4) Pág. 28, lín. últ.

es indudable que á ese nombre corresponde en nosotros cierto estado de conciencia, y si no es un concepto propiamente dicho ese estado, ¿qué es? Hé aquí la respuesta: sabemos por métodos indirectos, que la tierra es una esfera; hemos construido modelos que representan aproximadamente la forma y distribución de las partes de la tierra, y en general cuando hablamos de nuestro planeta, pensamos, ó en una masa extendida indefinidamente bajo nuestros pies, ó quizá, olvidando la verdadera tierra, pensamos en un cuerpo, tal como un globo terrestre (modelo.) Pero cuando queremos imaginar la tierra tal como es realmente, combinamos esas ideas lo mejor que podemos; es decir: unimos á la idea de una esfera las percepciones de la superficie terrestre. tales como nos las da la vista. formándonos, así de la tierra, no un concepto propiamente dicho, sino un concepto simbólico.» (1)

«Cuando la magnitud ó complejidad ó la diseminación de los objetos concebidos, dice después, (2) son muy grandes, no se puede pensar á la vez, sino en una pequeña parte de sus atributos, y el concepto es tan imperfecto que no es mas que un símbolo.» Dice tambien: que *combinar simbólicamente los atributos de un objeto, no es otra cosa, que combinarlos en imágenes sumamente imperfectas de dicho objeto*. (3) Valiéndonos de los símbolos podemos llegar, según el Sr. Spencer á proposiciones y conclusiones generales. (4) Mas por una ley funesta, si ya desde su formación, son tan imperfectos los conceptos simbólicos, lo son todavía más á proporción que adelantamos en el progreso cognoscitivo por la vía de las generalizaciones. «Al pasar de un concepto á otro más amplio, el estado de nuestro pensamiento.....es aun mas incompleta imagen de la

- (1) Pág. 27, lín. 21.
- (2) Pág. 30, lín. 29.
- (3) Pág. 29, lín. 10.
- (4) Lín. 11.

realidad. (1) Así tales conceptos van siendo cada vez menos precisos, y más se van alejando de la semejanza de su objeto: «siendo indudablemente cada vez más desemejante la idea de su objeto, á medida que es mayor el número de individuos contenidos en aquella» (2)

Por aquí se vé, que los conocimientos simbólicos de que se vale la Filosofía, son más inexactos é imperfectos á proporción de su mayor generalidad, y por consiguiente, deben serlo más que los conocimientos concretos; pues solamente en éstos, *las diversas imágenes de los detalles del objeto aparecen simultáneamente á nuestro espíritu é integran su idea.* «Imaginamos perfectamente la roca que está bajo nuestros pies, con su cúspide, su base y sus lados, todo á la vez, de modo que todas esas imágenes aparecen simultáneamente á nuestro espíritu, é integran la idea de esa roca. Pero es imposible hacer lo mismo en cuanto á la tierra, por que no podemos representarnos ni los antípodas ni los demás puntos terrestres, lejanos de nosotros, en los verdaderos sitios que ocupan. Sin embargo, hablamos de la tierra, como si tuviésemos de ella idea exacta, como si pudiésemos imaginarla cual los objetos pequeños. (3)

Notemos de paso, que en concepto del filósofo inglés, una cosa no puede ser perfectamente concebida, porque no puede ser perfectamente imaginada. Por eso dice: que de la tierra no podemos tener un concepto propiamente dicho, sino simbólico: por esto dice también: «que es preciso combinar los objetos simbólicamente, no ya á fin de conocerlos ó concebirllos, sino para imaginarlos.

(4) En fin, al recorrer atentamente su obra, se reconoce en ella la inculcación de principios netamente materialistas, por mas que proteste en el último capítulo: que sus razonamientos y conclusiones, no son, ni más

(1) Pág. 28, lín. 26.

(2) Lín. 30.

(3) Pág. 27, lín. 13.

(4) Pág. 29, lín. 8.

espiritualistas que materialistas, ni más materialistas que espiritualistas. (1)

Réstame hacer otras advertencias respecto de la perfección de los conocimientos universales, y son:

1.^o Que no es lo mismo el conocimiento universal directo, que el conocimiento reflejo. Por el conocimiento directo, se conoce primero, lo más universal ó común, en camino para el conocimiento de lo menos común. En este caso; el conocimiento de lo mas universal, es más imperfecto que el de lo menos universal; porque por el primero, se conoce la cosa más indistintamente que por el segundo. Mas el conocimiento universal reflejo, como que es un conocimiento comparativo, supone el conocimiento directo de la naturaleza de algún objeto, é incluye un nuevo elemento, que es el concepto mismo de universalidad, y va acompañado de un trabajo abstractivo del entendimiento, que se profundiza cada vez más, á proporción que avanza en la escala de las generalizaciones. El conocimiento enriquecido con ese nuevo elemento, que hace conocer la naturaleza de la cosa bajo un nuevo aspecto, es, á saber, en cuanto es comunicable, adquiere un nuevo grado de perfección. Mas esos conceptos simbólicos, universales, de Spencer, en que se va de una generalización á otra, son evidentemente de esta última especie; por consiguiente, la apreciación que hace de ellos, es falsísima.

2.^o Que para juzgar de la perfección de un conocimiento, no debe examinársele con relación al objeto de otro conocimiento, sino con relación al suyo propio; por que de otra manera, el conocimiento más abstracto sería imperfecto sólo porque su objeto careciese de algunas notas incluidas en el objeto propio de otro conocimiento; es decir: porque carecía de elementos que no debía tener: como si al concepto genérico de viviente quisiéramos exigir las notas propias del concepto de animal.

(1) Pág. 485, lín. 22.

En verdad, que discurriendo de esta manera sólo encontraríamos un conocimiento perfectísimo, que es el conocimiento sensitivo; cuyo objeto incluye todas las notas de singularidad, de las que prescinde el conocimiento directo intelectual para hacerse cargo de la naturaleza de la cosa, y de las que prescinde también el conocimiento científico. Esta observación da á conocer de una manera palpable el materialismo de Spencer, que califica de conceptos completos sólo las representaciones de la imaginación.

Hechas estas observaciones, que mucho nos han de servir para lo de adelante, volvamos á tomar nuestra deducción. Los conocimientos simbólicos son más inexactos é imperfectos, á proporción del mayor grado de generalidad; y de consiguiente, lo son más que los conocimientos concretos. Es así, que, según los caracteres que las doctrinas de Spencer reconocen en los conocimientos y sirven de fundamento para su clasificación, el conocimiento concreto constituye propiamente el conocimiento no unificado ó vulgar, y los conocimientos generales, constituyen, ya el conocimiento parcialmente unificado ó científico, ya el conocimiento completamente unificado ó filosófico: luego el conocimiento filosófico es más inexacto é imperfecto que el conocimiento científico, y este lo es más que el conocimiento vulgar.

¡Dura necesidad, es, pues, para la Filosofía, la de los conceptos simbólicos. (1) ¡Ilusión! Habíamos tenido que ascender por la escala de las generalizaciones para levantar el soberbio edificio de la Filosofía; y ahora tenemos que descender por la misma escala para demolerlo! No me extraña este fracaso, y sí mucho, el que con facultades tan débiles como lo es la imaginación, se hubiera sentido nuestro filósofo con fuerza para lanzarse á tan elevadas regiones.

Y si á todo esto agregamos lo que dice Sir Spencer

(1) Pág. 30.

en la página 29, acabaremos de predisponernos contra tales conceptos simbólicos, lamentándonos de la trampa en que casi inevitablemente tenemos que caer, siendo presa y ludibrio del error. Porque por una parte, nos dice: (1) «que si el conocimiento de los símbolos nos permite llegar á proposiciones y conclusiones generales nos conduce también, á veces, á errores; pues tomamos frecuentemente los conceptos simbólicos por conceptos reales, lo cual nos lleva á muchas conclusiones falsas. Y no sólo estamos expuestos á formar juicios falsos de una cosa ó de una clase de cosas, por tener de ellas un concepto simbólico y no real, sino más bien, porque llegamos á suponer que nos hemos formado un concepto fiel de una multitud de cosas, cuando solo le tenemos imperfecto por el medio artificial de un símbolo.» Por otra parte, nos dice un poco más abajo; «que el tránsito de los conceptos reales á los simbólicos, es insensible» (A cada paso, aquello de que pensar es imaginar; pues en el párrafo anterior, explicando lo mismo, dice: que de los objetos que es fácil imaginar enteros, á los que no, la transición es insensible.) Nos dice también: que nos vemos obligados á tratar nuestros conceptos simbólicos como reales; y también: que en la mayoría de los casos nos servimos de los símbolos tan bien ó mejor que de los conceptos reales. ¿Con que así? Perdonad, Señores pero esto no ha podido ménos que recordarme aquella graciosa fabulita de Samaniego, «El Charlatán y el Rústico»

.....
Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
Aquí se oía un fuera, allí un silvido,
Y todo el mundo queda.

En que es el otro quien mejor remeda,

En resumen: los símbolos son imágenes sumamente

(1) Pág. 29.

imperfectas, (1) y al mismo tiempo, son signos abreviados, equivalentes para nosotros á los objetos reales. (2) Los símbolos nos conducen á errores, (3) y al mismo tiempo, en la gran mayoría de los casos nos servimos de los símbolos tan bien ó mejor que de los conceptos reales. (4) Estamos expuestos á formar juicios falsos de las cosas, por tener de ellas un concepto simbólico y no real, (5) y al mismo tiempo, nos vemos obligados á tratar nuestros conceptos simbólicos como reales. (6)

Pero hay mas. Los conceptos simbólicos tienen otro grave inconveniente, y es que no son completos. Ya lo habeis oido. «Cuando en vez de unas cosas, cuyos atributos pueden unirse bien en un solo estado de conciencia, se trata de otras cuyos atributos son demasiado extensos ó numerosos para ser reunidos, nos es preciso dejar de concebir parte de ellos, ó todos; es decir, que entonces nos formamos un concepto simbólico ó ninguno.» (7)

Pues bien, si sólo careciesen de claridad, pudiera decirse, que á lo menos en confuso, representarían un total bosquejo del objeto; pero desde luego que á tales conceptos faltan los elementos integrantes ¿por qué medios, decidme, podremos, cuando no nos ha sido posible conocer directamente todos los atributos de un objeto, venir en conocimiento de aquellos que no hemos incluido en la idea primitiva? Mas no desesperemos, que el filósofo británico nos dice: (8) que en la mayoría de los casos (luego no en todos) dichas ideas son susceptibles de ser completadas, y en casi todos los demás

(1) Pág. 29 lín. 10.

(2) Lín. 38.

(3) Lín. 13.

(4) Lín. 37.

(5) Lín. 16.

(6) Lín. 34.

(7) Pág. 29, lín. 3.

(8) Pág. 30, lín. 13.

(luego no en todos) conducen á conclusiones que la observación comprueba plenamente

Mas, ¿cómo pueden ser completadas tales ideas? adquiriendo después la idea de aquellos atributos que nos había sido preciso dejar de concebir, para que asociada á la idea primitiva, podamos integrar un concepto perfecto? Era de suponerse así; pero las siguientes palabras del autor de los Primeros principios, nos desilusionan completamente. «A medida, dice, que los objetos ideados son más extensos y complejos, ciertos atributos cuya idea habíamos tenido primero, se borran de la conciencia antes de que el resto se haya en ella representado, y el concepto queda incompleto. (1) Luego tales conceptos simbólicos nunca pueden llegar á ser efectivamente completados, y de consiguiente, es falso lo que dice en la página 85, línea 17: «un objeto extenso, complicado, dotado de muchos atributos, para que se puedan representar á la vez en la mente, puede ser sin embargo, concebido con bastante exactitud por la unión de varias representaciones, cada una de las cuales contenga una parte de dichos atributos;» pues es imposible *fusionar ó combinar* conceptos sucesivos, si éstos no se hallan presentes á la mente, como objetos sobre los cuales se versa actualmente la actividad combinadora de aquella. ¿Cómo podrá un sonido obtenido en el órgano, servirnos para producir una combinación simultánea, ó consonancia de dos notas, con el sonido que se oye al herir otra tecla, después de que hemos dejado de oprimir la primera? ni cómo podrían servirnos los dos primeros sonidos para formar un acorde simultáneo con otro tercer sonido que llegue á producirse, cuando la impresión que los otros dos hicieron en el oido, haya desaparecido por completo?

Si, pues, los conceptos simbólicos son indispensables á la Filosofía, ésta se vé condenada á organizarse indis-

(1) Pág. 30, lín. 25.

pensablemente de elementos confusos, incompletos é inciertos, y por tanto, como arriba deduciamos, el conocimiento filosófico es más inexacto é imperfecto que el que Spencer llama simplemente conocimiento parcialmente unificado, y con mas razón, que el conocimiento no unificado.

Y no se diga, que el autor asigna dos casos en que los conocimientos simbólicos son legítimos; (1) es á saber: «siempre que por operaciones intelectuales sucesivas ó indirectas, ó por la verificación de las predicciones deducidas, podamos adquirir certeza de que dichos conceptos representan seres reales; porque si tales conceptos son de suyo incapaces por su falta de claridad y exactitud, para representar fielmente un objeto real, que nunca podrá ser perfectamente conocido si no tiene perfecta semejanza con el concepto que lo representa, y mucho menos todavía, si faltan algunos elementos constitutivos de la idea más ó menos complexa de su naturaleza, tales conceptos deben ser siempre y necesariamente ilegítimos.

En conclusión: nuestro filósofo con sus propias doctrinas nos enseña á formarnos un concepto muy bajo de la filosofía, al paso que pretende lo contrario con su altisonante definición.

II.

Preguntemos en seguida, ¿al dar esta definición, deslinda su autor el objeto de la Filosofía? No, contestemos sin vacilar; no obstante pue así lo pretende.

Porque, según los términos de la definición, el conocimiento de todos aquellos objetos que pueden dar materia para la completa unificación, es lo que debe llamarse con toda propiedad, Filosofía. Tal es el conocimiento ontológico, que por razón del mayor grado de

(1) Pág. 30, lín. 34.

generalidad de su objeto, es perfectamente susceptible de unificarse. Sin embargo, nuestro filósofo dice: (1) «toda Filosofía que pretenda ser ontología es falsa.» Lo que evidentemente no tiene derecho para decir; pues, en la definición no se encuentra partícula alguna, que excluya semejantes conocimientos de la Filosofía: lo mismo se puede decir de la Teología Natural, cuyas doctrinas son perfectamente unificables; y en general, de todos aquellos conocimientos que se ha reconocido estar comprendidos dentro del objeto de la Filosofía, y que el inglés pretende que deben excluirse de ella. Así, pues, aunque Spencer pretende (2) «haber desalojado á la Filosofía de la mayor parte de los dominios que se creía pertenecerla.» no puede confiarse de haberlo conseguido, formulando una definición tan indeterminada, como es la que venimos estudiando. Y aunque el expositor de la Filosofía Natural, parte del principio de que nuestro conocimiento no se puede elevar más allá de lo relativo, la definición no lo expresa, y por tanto, para concretar debidamente el objeto del conocimiento filosófico, debía usar de algunas partículas restrictivas, que nos diesen á conocer, que los conocimientos de lo absoluto, aunque de suyo perfectamente unificables, no se contienen dentro de los límites de la Filosofía. Por otra parte, ese principio es falso; y sin que haya necesidad de demostrar directamente su falsedad, ya veremos que el mismo Spencer no lo reconoce constantemente.

Luego el autor, al definir á la Filosofía, *el saber completamente unificado*, no deslinda su objeto.

III.

¿Y que piensa el autor de la definición que venimos estudiando, respecto de las fuentes de las verdades filo-

(1) Pág. 113, lín. 18.

(2) Pág. 115, lín. 7.

pensablemente de elementos confusos, incompletos é inciertos, y por tanto, como arriba deduciamos, el conocimiento filosófico es más inexacto é imperfecto que el que Spencer llama simplemente conocimiento parcialmente unificado, y con mas razón, que el conocimiento no unificado.

Y no se diga, que el autor asigna dos casos en que los conocimientos simbólicos son legítimos; (1) es á saber: «siempre que por operaciones intelectuales sucesivas ó indirectas, ó por la verificación de las predicciones deducidas, podamos adquirir certeza de que dichos conceptos representan seres reales; porque si tales conceptos son de suyo incapaces por su falta de claridad y exactitud, para representar fielmente un objeto real, que nunca podrá ser perfectamente conocido si no tiene perfecta semejanza con el concepto que lo representa, y mucho menos todavía, si faltan algunos elementos constitutivos de la idea más ó menos complexa de su naturaleza, tales conceptos deben ser siempre y necesariamente ilegítimos.

En conclusión: nuestro filósofo con sus propias doctrinas nos enseña á formarnos un concepto muy bajo de la filosofía, al paso que pretende lo contrario con su altisonante definición.

II.

Preguntemos en seguida, ¿al dar esta definición, deslinda su autor el objeto de la Filosofía? No, contestemos sin vacilar; no obstante pue así lo pretende.

Porque, según los términos de la definición, el conocimiento de todos aquellos objetos que pueden dar materia para la completa unificación, es lo que debe llamarse con toda propiedad, Filosofía. Tal es el conocimiento ontológico, que por razón del mayor grado de

(1) Pág. 30, lín. 34.

generalidad de su objeto, es perfectamente susceptible de unificarse. Sin embargo, nuestro filósofo dice: (1) «toda Filosofía que pretenda ser ontología es falsa.» Lo que evidentemente no tiene derecho para decir; pues, en la definición no se encuentra partícula alguna, que excluya semejantes conocimientos de la Filosofía: lo mismo se puede decir de la Teología Natural, cuyas doctrinas son perfectamente unificables; y en general, de todos aquellos conocimientos que se ha reconocido estar comprendidos dentro del objeto de la Filosofía, y que el inglés pretende que deben excluirse de ella. Así, pues, aunque Spencer pretende (2) «haber desalojado á la Filosofía de la mayor parte de los dominios que se creía pertenecerla.» no puede confiarse de haberlo conseguido, formulando una definición tan indeterminada, como es la que venimos estudiando. Y aunque el expositor de la Filosofía Natural, parte del principio de que nuestro conocimiento no se puede elevar más allá de lo relativo, la definición no lo expresa, y por tanto, para concretar debidamente el objeto del conocimiento filosófico, debía usar de algunas partículas restrictivas, que nos diesen á conocer, que los conocimientos de lo absoluto, aunque de suyo perfectamente unificables, no se contienen dentro de los límites de la Filosofía. Por otra parte, ese principio es falso; y sin que haya necesidad de demostrar directamente su falsedad, ya veremos que el mismo Spencer no lo reconoce constantemente.

Luego el autor, al definir á la Filosofía, *el saber completamente unificado*, no deslinda su objeto.

III.

¿Y que piensa el autor de la definición que venimos estudiando, respecto de las fuentes de las verdades filo-

(1) Pág. 113, lín. 18.

(2) Pág. 115, lín. 7.

sóficas? (1) «La Filosofía, dice, es un conocimiento diametralmente opuesto á los que la experiencia nos dá asimilando hechos. Es el producto final de la operación que comienza por una simple recopilación de observaciones, que continúa por la elaboración de proposiciones mas amplias y termina en proposiciones universales.» Mas en verdad, que la filosofía de Spencer no puede decirse diametralmente opuesta á la experiencia: porque, los conocimientos generales de que se vale, nunca llegan á ser independientes de la experiencia, mucho menos opuestos. De todos los puntos situados en una misma circunferencia, los diametralmente opuestos son los que se encuentran á la mayor distancia posible; y ciertamente, que las generalizaciones spencerianas no son mas que agrupamientos de hechos en clases ó colecciones cada vez más vastas, que nunca se llegan á alejar ni mas ni menos de la experiencia. En el capítulo II de la segunda parte, titulado: Datos de la Filosofía, busca el autor casi al fin de la página 124, además de la veracidad de la conciencia, «la verdad de algún dato de ella,» partiendo de que «la unificación del conocimiento sólo puede efectuarse, demostrando que una proposición final envuelve y consolida todos los resultados de la experiencia.» Busca (2) «un principio primario que debe dar unidad á toda la experiencia:» «que no puede limitarse á la experiencia de uno ó de muchos órdenes, sino que debe aplicarse á la experiencia universal; y un poco después, dice: que esa proposición de que ha hablado antes, que es la que dá unidad al conocimiento, precisamente tiene que especificar la oposición de las dos últimas clases de experiencias, en las que estan incluidas todas las demás,» y esto, partiendo de que «conocer es clasificar ó agrupar lo semejante y separar lo desemejante, y de que, la unificación del co-

(1) Pág. 116, lín. 36.

(2) Pág. 125, lín. 2.

nocimiento se hace por inclusión de las clases más pequeñas de experiencias en otras mayores.» Basta ya, Señores, en donde quiera experiencias y más experiencias.

Pues ya lo vemos, Señores, la unificación de los conocimientos es unificación de experiencias, y sin embargo, esa misma unificación es diametralmente opuesta á la experiencia. *Risum teneatis?*

Y ¿podrá atribuir á la Filosofía, verdades tan puramente racionales que puedan decirse diametralmente opuestas á la experiencia, quien de tal manera exige como cosa indispensable para el conocimiento, la asimilabilidad de los objetos mismos, que llega hasta á decir, que «si un objeto no es asimilable á otros ya vistos, no es conocido, (1) y quien fundado en tal principio, asegura que la causa primaria no puede ser conocida, porque no siendo de especie semejante, á las de los objetos que los sentidos nos revelan, no podemos pensarla positivamente? (2) Ciertamente es, que el que dice esto, se olvidó de que en la página 36 había dicho, que «no podemos pensar en las sensaciones que experimentamos mediante los sentidos, sin pensar en la causa primaria. *Causa causarum.*» «Cualquiera que sea la causa, dice un poco antes, estamos obligados á suponer alguna; y no sólo alguna causa, sino una causa primaria. (3)

Mas ya que hemos tocado un punto tan capital, puesto que ganada esta fortaleza, podrá el positivismo sin estorbo alguno, encastillar al entendimiento al conocimiento de sólo lo sensible, confundiéndolo con el sentido, permitidme rechazar tan absurdo principio, de que si una cosa no es asimilable á otras ya vistas no puede ser conocida. Con él pretende Spencer, resolver la dificultad que se propone en la página 73 línea 13 diciendo: «En vano se objetará: que si la cognición supone re-

(1) Pág. 73, lín. 16.

(2) Págs. 73, y 74.

(3) Lín. 24.

cognición, no se puede tener conocimiento ni por un adulto, de un objeto, la primera vez que le impresiona; porque se puede responder: que si ese objeto no es asimilable á otros ya vistos, no es conocido, y si lo es, sí puede establecerse tal asimilación. »

Demostremos, pues, la falsedad del principio mencionado.

La asimilabilidad de que aquí se trata, es la aptitud que tienen los objetos para poder ser coleccionados en clases más ó ménos universales que los contengan. Pues bien, en el orden real, esta propiedad, fundada en la unidad específica, ó genérica, precede al conocimiento mismo; sin embargo, el acto mismo de coleccionar ó incluir los objetos en especies conocidas ya, ó sea, por decirlo así, el ejercicio actual de tal asimilabilidad, es posterior al acto cognoscitivo y le supone; porque esa actual asimilación incluye necesariamente una comparación, y toda comparación, según el testimonio mismo de Mr. Mansel, alegado por Spencer, (1) supone el conocimiento de todos los términos comparados. (2) En la página 82 insiste Spencer sobre este particular, llamando la atención sobre estas otras palabras de Mr. Mansel, «siendo la comparación un acto de conciencia, no es posible sin tenerla de ambos términos comparados.»

Por tal razón, el acto de asimilar un objeto á otros ya conocidos, ó lo que es lo mismo, el acto por el que únicamente, tal asimilabilidad se pone en ejercicio, es posterior al conocimiento mismo de la asimilabilidad, y mucho más, al conocimiento directo del objeto asimilable. Y así, el que un objeto sea asimilable ó no lo sea, no influye en el conocimiento directo; siendo la asimilabilidad, en resumen, la potencia que tiene un objeto para recibir cierta disposición en un acto intelectual posterior al conocimiento del objeto. Es, pues, falso, asegurar que

(1) Págs. 70, 71 y 72.

(2) Pág. 71, lín. 29.

si un objeto no es asimilable á otros ya vistos, no es conocido.

Fuera de que, la respuesta dada no resuelve la objeción; porque puede decirse, que es indudable que en la sucesión progresiva de los conocimientos, va habiendo siempre algo nuevo que conocer, y que por consiguiente no es asimilable á lo ya conocido; luego, ó debe decirse que nada nuevo se conoce, y entonces el adulto se hallaría en peores condiciones que el niño, cuyos conocimientos imperfectos y rudimentales, le van sirviendo y lo van disponiendo para el conocimiento perfecto; ó debe decirse, que se conoce algo que no es asimilable á lo ya conocido, y en ese caso, la respuesta no es satisfactoria.

El ejemplo que pone Mr. Spencer, de un animal desconocido para nosotros, que por su muy anormal organización, no podamos referirlo á una especie ó género conocido, prueba únicamente, que no podemos incluirlo en alguna de las clase establecidas por la Zoología; pero de ninguna manera prueba, que no se pueda conocer dicho animal; pues de hecho se han conocido en él caracteres tan singulares, que comparados con los de las demás especies, se ha encontrado no tener punto de conveniencia con ellos.

Muy riguroso me había parecido nuestro filósofo con tanto espiritualismo; pues os aseguro, que ni nuestra rancia filosofía escolástica, que no reconoce la experiencia como la única fuente de verdad, hubiera dicho que los conocimientos filosóficos son diametralmente opuestos á los que la experiencia nos suministra. Pero lo dice, el que ha pronunciado que «la verdad en su forma mas elevada no puede ser.....sino la concordancia perfecta en todo el campo de la experiencia, entre las representaciones.....ideales...y las perfecciones...reales.» (1) «Lo dice el que quiere que el hombre de ciencia

(1) Pág. 122, lín. 12.

aprenda á conocer su poder en el dominio de la experiencia y su impotencia fuera de él." (1)

Un modo de hablar, tan valiente, es exageradamente exclusivo; Kant y los demás filósofos alemanes que han seguido sus doctrinas, no se expresarian de otra manera. Así es, que no obstante que Mr. Spencer declara la enemistad de las dos escuelas, alemana é inglesa, al grado de expresarse en estos términos: "Los discípulos de Schelling, de Fichte y Hegel, se unen para burlarse de la doctrina que lleva el nombre de «Filosofía» en Inglaterra. En represalias (N. B.) los ingleses podrian rechazar como absurda la filosofía fantástica de las escuelas alemanas." No obstante todo esto, la declaración del inglés, podría ser la de una alianza muy estrecha entre las dos escuelas.

Deduzcamos de lo dicho, en primer lugar: que al decir el expositor de la Filosofía natural, que la Filosofía es un conocimiento diametralmente opuesto á los que la experiencia nos da asimilando hechos, contradice sus doctrinas: y en segundo lugar: que su verdadero sentir sobre las fuentes de las verdades de la filosofía, es: que la experiencia es la verdadera y única fuente del conocimiento, sin que en esto deje de contradecirse, al admitir la causa primaria, la existencia de lo absoluto, y el principio de la persistencia de la fuerza, de que ya me ocuparé.

IV.

Mas, si la experiencia es la única fuente de la verdad filosófica para Spencer, preguntaremos, ¿es tan amplio el dominio de la experiencia, que baste al autor de Los primeros principios, para conocer todas las verdades de que tiene una certidumbre completa? Nó, absolutamente, como lo prueban las verdades históricas que recono-

(1) Pág. 61, lín. 20.

ce. ¿Cómo le es evidente según él se expresa, (1) "que sus católicos abuelos hallaban gran consuelo en creer que se les perdonaban sus crímenes fundando iglesias?" ¿Por qué agrupaciones de experiencias ó asimilaciones de objetos, ha venido á descubrir esta verdad, de que no tiene duda? Ha sido por medio de conceptos simbólicos que ha hallado conformes á la experiencia? No ha sido, sino porque contradiciendo el criterio proclamado en su filosofía, se ha visto obligado á dar fé á su historia patria.

Pero, para mayor confirmación de que el expositor de la Filosofía natural, no es constante en reconocer únicamente la fuente de verdad establecida por él mismo, después de investigar cuáles son los principios de su filosofía, examinaremos si son ó no cognoscibles por la experiencia, y en caso de no serlo, preguntaremos ¿por lo ménos tienen la firmeza y certidumbre que les corresponde, en calidad de primeros principios? Son proporcionados á las verdades que de ellos deben deducirse, y del mismo orden que de éstas? En una palabra. ¿Son tan legítimos, que puedan servir de base á la Filosofía? Véamoslo, y desde luego, admiremos la habilidad del experimentado profesor inglés, para hacer valer la experiencia antes de proceder de ella. ¿Qué hace, pues, este aguerrido campeón, antes de esgrimir su terrible arma, para sentar las verdades primarias, que le han de servir de punto de partida para dar solidez á sus conceptos posteriores? Nada menos, que admitir provisionalmente como verdaderas, esas instrucciones fundamentales, como él les llama, esperando que la experiencia venga después autorizándolas. "¿Por qué medio, dice, la inteligencia, en busca de una filosofía, podrá darse cuenta de sus conceptos, y demostrar su validez ó invalidez? Sólo hay uno: admitir como verdaderas, provisionalmente, aquellas ideas vitales ó que

(1) Pág. 103.

aprenda á conocer su poder en el dominio de la experiencia y su impotencia fuera de él." (1)

Un modo de hablar, tan valiente, es exageradamente exclusivo; Kant y los demás filósofos alemanes que han seguido sus doctrinas, no se expresarian de otra manera. Así es, que no obstante que Mr. Spencer declara la enemistad de las dos escuelas, alemana é inglesa, al grado de expresarse en estos términos: "Los discípulos de Schelling, de Fichte y Hegel, se unen para burlarse de la doctrina que lleva el nombre de «Filosofía» en Inglaterra. En represalias (N. B.) los ingleses podrian rechazar como absurda la filosofía fantástica de las escuelas alemanas." No obstante todo esto, la declaración del inglés, podría ser la de una alianza muy estrecha entre las dos escuelas.

Deduzcamos de lo dicho, en primer lugar: que al decir el expositor de la Filosofía natural, que la Filosofía es un conocimiento diametralmente opuesto á los que la experiencia nos da asimilando hechos, contradice sus doctrinas: y en segundo lugar: que su verdadero sentir sobre las fuentes de las verdades de la filosofía, es: que la experiencia es la verdadera y única fuente del conocimiento, sin que en esto deje de contradecirse, al admitir la causa primaria, la existencia de lo absoluto, y el principio de la persistencia de la fuerza, de que ya me ocuparé.

IV.

Mas, si la experiencia es la única fuente de la verdad filosófica para Spencer, preguntaremos, ¿es tan amplio el dominio de la experiencia, que baste al autor de Los primeros principios, para conocer todas las verdades de que tiene una certidumbre completa? Nó, absolutamente, como lo prueban las verdades históricas que recono-

(1) Pág. 61, lín. 20.

ce. ¿Cómo le es evidente según él se expresa, (1) "que sus católicos abuelos hallaban gran consuelo en creer que se les perdonaban sus crímenes fundando iglesias?" ¿Por qué agrupaciones de experiencias ó asimilaciones de objetos, ha venido á descubrir esta verdad, de que no tiene duda? Ha sido por medio de conceptos simbólicos que ha hallado conformes á la experiencia? No ha sido, sino porque contradiciendo el criterio proclamado en su filosofía, se ha visto obligado á dar fé á su historia patria.

Pero, para mayor confirmación de que el expositor de la Filosofía natural, no es constante en reconocer únicamente la fuente de verdad establecida por él mismo, después de investigar cuáles son los principios de su filosofía, examinaremos si son ó no cognoscibles por la experiencia, y en caso de no serlo, preguntaremos ¿por lo ménos tienen la firmeza y certidumbre que les corresponde, en calidad de primeros principios? Son proporcionados á las verdades que de ellos deben deducirse, y del mismo orden que de éstas? En una palabra. ¿Son tan legítimos, que puedan servir de base á la Filosofía? Véamoslo, y desde luego, admiremos la habilidad del experimentado profesor inglés, para hacer valer la experiencia antes de proceder de ella. ¿Qué hace, pues, este aguerrido campeón, antes de esgrimir su terrible arma, para sentar las verdades primarias, que le han de servir de punto de partida para dar solidez á sus conceptos posteriores? Nada menos, que admitir provisionalmente como verdaderas, esas instrucciones fundamentales, como él les llama, esperando que la experiencia venga después autorizándolas. "¿Por qué medio, dice, la inteligencia, en busca de una filosofía, podrá darse cuenta de sus conceptos, y demostrar su validez ó invalidez? Sólo hay uno: admitir como verdaderas, provisionalmente, aquellas ideas vitales ó que

(1) Pág. 103.

no pueden ser aisladas, sin producir la disolución del espíritu,..... dejando á los resultados el cuidado de justificar esta hipótesis. (1) Pues bien: ó son válidos todos los procedimientos racionales fundados en tales principios provisionales, ó no lo son. Si son válidos, como quiera que, la verdad del consiguiente, depende indispensablemente de la verdad de las premisas, es preciso, que tales principios, sean desde luego verdaderos. Luego, lo son necesariamente antes de la confirmación de la experiencia, pues tal confirmación, no puede darles valor para deducir una consecuencia que hacían legítima, en virtud de la verdad que ya poseían.

Si tales procedimientos no son válidos; la confirmación que reciban de la experiencia, esos mismos principios será enteramente inútil; pues no podrá darles la verdad que necesitan, antes de que dichos principios deban ser definitivamente verdaderos, según el positivista. Luego, el suponer como provisionalmente verdaderas esas intuiciones fundamentales, es absolutamente ilegítimo é innecesario, y así, debía el filósofo decirnos: ¿en cuya virtud pueden servirle semejantes principios provisionales, como fundamento para levantar el edificio de las verdades filosóficas? ó decirnos, si ¿la necesidad de su admisión ha procedido también de algunas asimilaciones de experiencias? ó ¿hemos también de estar aguardando su confirmación experimental para un tiempo indefinido?

Además, suponiendo á la experiencia un efecto retroactivo, habría que cometer necesariamente un círculo vicioso, admitiendo tales principios como fundamentos necesarios de las verdades experimentales, y admitiendo éstas como fundamentos necesarios de tales principios.

(1) Pág. 121, lín. 9.

V.

Y el principio de la persistencia de la fuerza, tan constantemente inculcado en la filosofía spenceriana, ¿cuenta con mejores dotes de verdad? ¿Es también comprobado por la experiencia? ¡Ah! El único principio que supera á la experiencia es, la persistencia de la fuerza, nos contesta francamente Mr. Spencer. (1) ¿Y qué fuerza es esta, cuya persistencia se impone tan irresistiblemente? Respuesta. «La fuerza cuya persistencia afirmamos, es la fuerza absoluta.» (2) Es una causa incondicionada, realidad absoluta, productora directa de la fuerza condicionada de cuyas experiencias afirma (1) que pueden originarse todos los modos de conciencia. Mas Sr. Spencer, ¿qué podemos concebir lo absoluto? Pues entónces ¿en qué queda ese largo capítulo IV, que trata de la relatividad de todo conocimiento? En qué queda ese largo pasaje que citáis de Sr. William Hamilton, que asegura, que lo infinito y lo absoluto no pueden ser concebidos? ¿En qué queda? En lo que queda todo.

¡Por piedad! Sr. profesor, siquiera en honor de la filosofía positivista, no admitáis el conocimiento de lo absoluto; ó estáis seguro de no contravenir sus prescripciones? Muy al contrario, Señores, escuchémosle. «Aunque la Filosofía (4) condena unos tras otros todos los ensayos para concebir lo absoluto.....aunque por obedecerla, neguemos una tras otra todas las ideas, á medida que van produciéndose; como no podemos despreciar todo el contenido de la conciencia, queda siempre en el fondo un elemento que pasa por nuevas formas. (¡Mirad

(1) Pág. 171, lín. 16.

(2) Pág. 168, lín. 35.

(3) Lín. 9.

(4) Pág. 84.

las formas del gran panteísta enemigo de los alemanes! esas formas de que habla frecuentemente, me hacen creer, que Spencer se educó en la Filosofía alemana.)

Es para el rebelde positivista, tan imperiosa la necesidad de admitir lo absoluto, que no duda expresarse así: «El impulso del pensamiento nos lanza ineludiblemente por encima de lo condicionado en lo incondicionado.» (1) Y aun asegura: «que no se puede ni decir que lo absoluto no es cognoscible, porque esto es afirmar tácitamente su existencia.» (2)

Ya, pues, que el Británico se resuelve á traspasar su credo, preguntémosle: ¿de qué orden es el principio de la persistencia de la fuerza? ¿cual es el rango que ocupa entre los principios de la Filosofía positivista? Mr. Spencer nos contestará: que por persistencia de la fuerza, entiende, persistencia de un poder que supera á nuestro conocimiento y á nuestra razón. (3) Esto es bellísimo. Conque ¿el principio de los principios; (4) está sobre nuestro conocimiento? La verdad primaria que no puede tener prueba inductiva, [N. B.] que no puede derivarse ni deducirse de ninguna otra, (5) supera á nuestra razón? ¿es un objeto de fé sobrenatural? El primer postulado de la Filosofía spenceriana, es, un acto de fé en la persistencia de una realidad, que supera á nuestro conocimiento y á nuestra razón?

Hétenos aquí á la filosofía spenceriana convertida en una teología. ¡*Oh tempora, oh mores!* La fé en Spencer, ó de Spencer, por que él también cree, ó quizá la misteriosa revelación de Mr. Hamilton, es el primer fundamento de la filosofía positivista. «Una revelación maravillosa nos inspira una creencia invencible en la

(1) Pág. 84, lin. 3.

(2) Pág. 79, lin. 33.

(3) Pág. 168, lin. 37.

(4) Pág. 148, al comenzar el núm. 50.

(5) Líns. 6 y 14 de la pág. 168.

existencia de algo incondicionado que traspasa la esfera de la realidad comprensible,» dice el último de los dos creyentes.

En vista de todo esto, mas me atengo á los principios de mi rancia Filosofía Escolástica, que son conocidos por la luz de la razón; *cognitio rerum per causas altiores ex lumine naturali.* Y si bien, es cierto, que nosotros también admitimos esa realidad, causa productora directa de esa que llama Spencer, efecto condicionado; entre nosotros, esa verdad no es un postulado admitido por la Filosofía, es una verdad que supone los postulados de la Filosofía, no es un principio, es una conclusión. Leedlo allá en las últimas secciones de la Metafísica *Conclusio. Existit causa prima quam vocamus Deum.*

Pero, siendo este el principio fundamental de todos los demás, no llevareis á mal que me detenga un poco más, en el análisis de las doctrinas con que Mr. Spencer trata de exponerlo. Le hemos oído decir, que el tal principio carece de prueba inductiva; pues ahora oigamos como pregunta en otro lugar. (1) «En que razones nos fundamos para afirmar la persistencia de la fuerza? Inductivamente solo tenemos una prueba, la que nos presenta el mundo de los fenómenos sensibles.» Es tan palmaria la contradicción entre este pasaje y el otro en que asegura que carece de prueba inductiva, que yo me inclino á creer que allá debe leerse: deductiva y no inductiva. Mas, ¿sabéis cuál es esa prueba inductiva? Procura averiguar la invariabilidad de la cantidad de materia, observando que ésta, sometida á varios cambios que la modifican, equilibra siempre, en la balanza, el mismo número de unidades de fuerza gravitativa. Todo estriba, concluye, (2) en el principio ó hipótesis de que la gravedad de los pesos es constante;

(1) Pág. 166, lin. 3.

(2) Pág. 167, lin. 13.

mas de esa constancia no tenemos ni podemos tener prueba alguna. Héle aquí, en primer lugar, concluyendo siempre con un acto de fé, como arriba decíamos, es á saber: creo que la gravedad de los pesos es constante: en seguida le veremos llamar al principio fundamental con un nombre que si bien es mas modesto, revela mejor la audacia de los que tan maliciosamente lo alegan. Oídlo, Señores. La verdad primaria, que no puede derivarse de ninguna otra, es una hipótesis, y no creais que se le escapa de ligero una aserción como esta: pues á renglón seguido, dice: «Los razonamientos de los astrónomos implican una hipótesis semejante, de la cual podemos sacar una conclusión análoga.»

Será pues, una hipótesis; mas una hipótesis que no tiene ni puede tener prueba alguna, qué es? una hipótesis gratuita, una hipótesis que se funda en una creencia, en la constancia de las fuerzas de la gravedad, que á la página siguiente es una verdad primaria, y que mas tarde, para los seguidores de Spencer, es una revelación misteriosa, en la que únicamente se fundan todos los principios de la Filosofía y de las ciencias.

Y ¿que mucho, que diga el autor de Los primeros principios, que la constancia de la fuerza gravitativa es una hipótesis, cuando aun la misma fuerza gravitativa es para el filósofo inglés, un supuesto de que tiene que partir para dar la explicación de las maravillosas agrupaciones, que, según los positivistas, han tenido que verificarse en el mundo sidéreo, en virtud de las leyes de la evolución? Oigámosle. «Suponiendo, que la materia del sistema sidéreo haya estado y esté sometida á la gravitación, se explican los grandes grupos de que está compuesto. (1) Sin embargo, ¿ya veis que es un supuesto? pues inmediatamente, por una transformación mágica de esas que sabe hacer Mr. Spencer, ese supuesto ya es una prueba. Oigamos.

(7) Pág. 272, lín. 9.

«Pasemos al sistema solar, sin insistir más en el sidéreo, del cual basta con la prueba ya aducida.»

Mas, permitidme, Señores, que os llame la atención sobre este pasaje. Haciéndoos notar, que también para el Sr. Spencer, el movimiento no es esencial á la materia; y, que, si por una parte, necesita suponerla dotada de un principio de movimiento, cual es esa fuerza gravitativa, á fin de explicar las grandes y numerosas transformaciones del dicho sistema, por otra, se ve obligado á buscar fuera de la materia, una causa que haya podido comunicarle el principio de su movimiento.

Muy buen argumento es este para probar la existencia de Dios: ni es en verdad, el único que nos suministran las doctrinas de Los primeros principios.

Después de ésta pequeña digresión, continuaremos en nuestro asunto, observando por último: que la constancia ó persistencia de un mismo número de unidades de fuerza gravitativa, ó de un mismo número de pesos equilibrados en la balanza, que es á lo que queda reducido el colosal principio, debe ser el apoyo de las verdades que la conciencia nos testifica, de la distinción entre el sujeto y el objeto, entre el yo y el no yo, que tanto se esfuerza el filósofo en establecer, de las generalizaciones de las ideas, de la legitimidad de los conceptos simbólicos, de la actividad de la voluntad, de las repeticiones entre las dos escuelas, inglesa y alemana, y de otras tantas cosas.

Pero no creamos, Señores, que por esto, el autor es más materialista que espiritualista, aunque hable de cantidad de sensación; (1) aunque diga: (2) «Las formas de lo incognoscible, que llamamos movimiento, calor, luz, afinidad química, etc. son transformables unas en otras y tambien en las formas que llamamos emoción, sensación, pensamiento; y éstas, á su vez, pueden, por una

(1) Pág. 190, lín. 16.

(2) Págs. 193, lín. 20.

transformación inversa cambiarse en aquellas. Ninguna idea, ningún sentimiento se manifiesta, sino como resultado de una fuerza física que se gasta para producir ese resultado. No, Señores, no creamos que Spencer es materialista, porque nosotros mismos seremos convictos de materialismo.

Hé aquí lo que dice en la página 485, línea 27. «El materialista, viendo que según la ley de correlación y equivalencia de las fuerzas, todo sentimiento, pensamiento ó deseo puede transformarse en un equivalente de movimiento mecánico, y por consiguiente, en todas las demás formas de fuerza manifestadas por la materia, puede creer demostrada la materialidad de los fenómenos psíquicos.»

Al terminar lo que precede, me queda un escrúpulo, en cuya virtud me veo precisado á hacer una rectificación en nombre del autor de Los primeros principios, y es: que, aunque se ha dicho, que el único principio que supera á la experiencia, es, la persistencia de la fuerza, es preciso advertir ahora, que siempre no la supera, porque (1) «la persistencia de la conciencia es la experiencia inmediata que tenemos de la persistencia de la Fuerza,» y por consiguiente, la persistencia de la fuerza, no escapa á nuestro conocimiento y á nuestra razón.

Ni habrá quizá motivos para creer á nuestro profesor un servil expositor de las doctrinas de Espinosa, aunque diga: (2) «La persistencia del Universo es la persistencia de la causa incógnita. — Poder ó Fuerza, — que se nos manifiesta á través de todos los fenómenos.»

Olvidemos una vez más, la aserción, de que el único principio que supera á la experiencia, es la persistencia de la fuerza; porque en este caso, no quedaría libre del escepticismo, el creer que la persistencia del universo

(1) Pág. 170, lín. 27.

(2) Pág. 170, lín. 37.

sea creer en la persistencia de un poder que supera á nuestro conocimiento.

VI.

Pasemos á examinar el principio de la indestructibilidad de la materia. «Si analizamos las supersticiones primitivas, dice el crítico lleno de entusiasmo, (1) ó la creencia en la magia, que no ha mucho tiempo reinaba aún en casi todos los espíritus, y reina aún hoy en las gentes incultas, vemos que entre otros varios postulados, uno supone que, mediante un encanto poderoso, la materia puede ser evocada de la nada, ó vuelta á la nada. Y si no se cree eso precisamente (porque el creerlo, en el sentido estricto de la palabra, implicaría que la creación y el aniquilamiento eran claramente concebidos,) se cree creerlo; y se obra de modo que, en esa confusión de ideas, el resultado es el mismo. No es sólo en las épocas de oscurantismo y en espíritus incultos, donde hallamos las trazas de esa creencia; domina también en teología, acerca del principio y fin del mundo.» «Sea lo que quiera, dice el autor, (2) después de hacer observar que la acumulación gradual, y mas bien, la sistematización de hechos ha dado por resultado borrar poco á poco esa convicción: sea lo que quiera en sí misma, la materia no nace ni perece, al menos para nuestro pensamiento.» Antes de analizar las pruebas de esta conclusión, observaremos, que bajo el nombre de indestructibilidad de la materia, no puede comprenderse la aserción, de que la materia no puede nacer ó comenzar á existir; pues lo que significa tal palabra, es, la propiedad, en virtud de la cual, una cosa no puede ser destrui-

(1) Pág. 151, lín. 20.

(2) Pág. 152, lín. 12.

transformación inversa cambiarse en aquellas. Ninguna idea, ningún sentimiento se manifiesta, sino como resultado de una fuerza física que se gasta para producir ese resultado. No, Señores, no creamos que Spencer es materialista, porque nosotros mismos seremos convictos de materialismo.

Hé aquí lo que dice en la página 485, línea 27. «El materialista, viendo que según la ley de correlación y equivalencia de las fuerzas, todo sentimiento, pensamiento ó deseo puede transformarse en un equivalente de movimiento mecánico, y por consiguiente, en todas las demás formas de fuerza manifestadas por la materia, puede creer demostrada la materialidad de los fenómenos psíquicos.»

Al terminar lo que precede, me queda un escrúpulo, en cuya virtud me veo precisado á hacer una rectificación en nombre del autor de Los primeros principios, y es: que, aunque se ha dicho, que el único principio que supera á la experiencia, es, la persistencia de la fuerza, es preciso advertir ahora, que siempre no la supera, porque (1) «la persistencia de la conciencia es la experiencia inmediata que tenemos de la persistencia de la Fuerza,» y por consiguiente, la persistencia de la fuerza, no escapa á nuestro conocimiento y á nuestra razón.

Ni habrá quizá motivos para creer á nuestro profesor un servil expositor de las doctrinas de Espinosa, aunque diga: (2) «La persistencia del Universo es la persistencia de la causa incógnita. — Poder ó Fuerza, — que se nos manifiesta á través de todos los fenómenos.»

Olvidemos una vez más, la aserción, de que el único principio que supera á la experiencia, es la persistencia de la fuerza; porque en este caso, no quedaría libre del escepticismo, el creer que la persistencia del universo

(1) Pág. 170, lín. 27.

(2) Pág. 170, lín. 37.

sea creer en la persistencia de un poder que supera á nuestro conocimiento.

VI.

Pasemos á examinar el principio de la indestructibilidad de la materia. «Si analizamos las supersticiones primitivas, dice el crítico lleno de entusiasmo, (1) ó la creencia en la magia, que no ha mucho tiempo reinaba aún en casi todos los espíritus, y reina aún hoy en las gentes incultas, vemos que entre otros varios postulados, uno supone que, mediante un encanto poderoso, la materia puede ser evocada de la nada, ó vuelta á la nada. Y si no se cree eso precisamente (porque el creerlo, en el sentido estricto de la palabra, implicaría que la creación y el aniquilamiento eran claramente concebidos,) se cree creerlo; y se obra de modo que, en esa confusión de ideas, el resultado es el mismo. No es sólo en las épocas de oscurantismo y en espíritus incultos, donde hallamos las trazas de esa creencia; domina también en teología, acerca del principio y fin del mundo.» «Sea lo que quiera, dice el autor, (2) después de hacer observar que la acumulación gradual, y mas bien, la sistematización de hechos ha dado por resultado borrar poco á poco esa convicción: sea lo que quiera en sí misma, la materia no nace ni perece, al menos para nuestro pensamiento.» Antes de analizar las pruebas de esta conclusión, observaremos, que bajo el nombre de indestructibilidad de la materia, no puede comprenderse la aserción, de que la materia no puede nacer ó comenzar á existir; pues lo que significa tal palabra, es, la propiedad, en virtud de la cual, una cosa no puede ser destrui-

(1) Pág. 151, lín. 20.

(2) Pág. 152, lín. 12.

da. En seguida hagámonos cargo de las pruebas:

(1) «El cometa, que se ve en una noche aparecer y agrandarse en los cielos, no es un cuerpo creado recientemente, sino oculto, hasta entonces, por estar fuera del alcance de nuestra vista. La nube, que se forma en pocos minutos, no se compone de una sustancia que comienza entonces á ser, sino que existía ya en la atmósfera en forma difusa y trasparente..... Inversamente, observaciones exactas nos hacen ver que las destrucciones aparentes de materia no son sino cambios de estado. Así, el agua evaporada, aunque se ha hecho invisible, puede, por condensación, volver á tomar su forma primitiva.»

«El efecto de esa prueba específica, (N. B.) unido á la prueba que nos suministra diariamente la permanencia de los objetos que nos son familiares, ha adquirido tal potencia, que hoy día la indestructibilidad de la materia es una verdad, cuya negación es inconcebible.» (2)

Reasumamos. El escritor inglés, fundado en una constante experiencia, prueba solamente que la materia no se destruye, mas no, que no pueda destruirse: así mismo, prueba que la materia, una vez existente, experimenta constantes transformaciones; pero no, que no pueda comenzar á existir. Porque, es necesario distinguir la cuestión de hecho, y la cuestión de posibilidad. En cuanto al hecho, concedemos que la materia no se destruye, y aun añadimos, que estudiando la naturaleza de los seres que pueblan el mundo, se colige, que nada se destruirá. Y en verdad, que solamente porque el positivista asegura, (3) que esta verdad, solo en los tiempos modernos, y por los hombres de ciencia, ha sido puesta fuera de duda, me veo obligado á decirle que tambien los escolásticos de antaño la han profesado; oigamos por

(1) Pág. 152, lín. 16.

(2) Pág. 153, lín. 7.

(3) Pág. 154, lín. 15.

todos, al Maestro, (1) «Creaturarum autem naturae hoc demonstrant ut nulla earum in nihilum redigatur: quia vel sunt immateriales, et sic non est in eis potentia ad non esse; vel sunt materiales, et sic saltem remanent semper secundum materiam, quae incorruptibilis est utpote subjectum existens generationis, et corruptionis... Unde simpliciter dicendum est, quod nihil omnino in nihilum redigetur.» Las naturalezas de las creaturas estan demostrando que ninguna de ellas será reducida á la nada: porque, ó son inmateriales, y así no tienen potencia para dejar de ser; ó son materiales, y entonces, por lo menos en cuanto á la materia, que es incurruptible, puesto que es el sujeto de la generación y de la corrupción, son siempre permanentes..... Por lo que hay que asegurar absolutamente que ninguna cosa será reducida á la nada.

Esto en cuanto al hecho; mas en cuanto á la cuestión de posibilidad, que es la única á que debe referirse el principio de la indestructibilidad de la materia, quedamos en espera de las pruebas para apreciarlas en seguida.

Podemos decir, que el mismo sofista no hace otra estimación de sus propias pruebas, pues está muy lejos de creer, que la existencia del cometa antes de su aparición, pruebe que no es creado; porque no dice que el tal cometa sea un cuerpo no creado; sino que no es un cuerpo creado recientemente: no dice que la nube sea una sustancia increada, sino solo que no debe creerse que entonces comienza á ser, pues que ya existía en la atmósfera en forma difusa y trasparente. Muy bien, Sr. Spencer, estos descubrimientos no datan, pues, de fecha moderna; los han conocido desde los más antiguos escolásticos: oid al Maestro, dice: (2) «Deus requievit die septimo..... quia die septima cessavit novas creaturas condere: nihil enim postea fecit quod non aliquo modo praecesserit in

(1) 1ª Parte, Suma Teol. cuestión 104, art. 4; en el cuerpo del art

(2) 1ª Parte, Suma Teol. cuest. 73, art. 2º

primis operibus.» Dios descansó el séptimo día..... porque en él dejó de crear nuevas creaturas: porque nada hizo después, que de algún modo no haya estado hecho en las primeras obras;» y en el artículo precedente, (1) dice: «Nihil postmodum á Deo factum est totaliter novum, quin aliquo modo in operibus sex dierum præcesserit.» Nada se ha hecho por Dios, después, que sea del todo nuevo, que no haya estado ya, de algún modo, en la obra de los seis días; y en la cuestión 69. art. 2.º dice: «In illis primis diebus condidit Deus creaturam originaliter, vel causaliter: á quo opere postmodum requievit.» Dios crió en aquellos primitivos días, á todas las creaturas, original, ó causalmente; de cuya obra descansó después. «Qui tamen, añade, postmodum secundum administrationem rerum conditarum per opus propagationis usque modo operatur.» Sin embargo, Dios mismo, continúa constantemente su operación, aun después (de haber creado las cosas,) por medio de la propagación, según corresponde á la administración de todas las cosas respectivamente. Y si por una parte, las mismas expresiones de que el filósofo positivista se vale al proponer los ejemplos del cometa y de la nube, dan á conocer de una manera indirecta, que Spencer, lejos de tener como absurda la creación de la materia, la supone; las últimas partículas de su proposición nos lo revelan mas patentemente. La materia no nace ni perece, á lo

VI.

Examinemos otro principio celeberrimo de la filosofía spenceriana: que todas las cosas que conocemos «son manifestaciones de lo Incognoscible.» (1) Esto en verdad no puede ser un principio de la Filosofía, pues es indudable que no es una proposición verdadera é inmediatamente evidente; mas tampoco puede serlo en el sentido de Spencer, puesto que en ninguna parte de los Primeros principios dice, que tal postulado sea comprobado por la experiencia. Ya le hemos oído decir, que el único principio que supera á la experiencia es la persistencia de la fuerza; luego, todos los demás no la superan; y por consiguiente, como en ninguna parte nos declara la correspondencia de tal principio con los hechos experimentales, creo que no tiene otra procedencia mas que la malicia del autor. Yo os confieso haber buscado y rebuscado repetidas veces la justificación de este famoso principio, sin haber encontrado mas que el siguiente pasage tomado de la página 90, que es donde parece hablar de él, de una manera más formal. Pues bien; allí leo el siguiente discurso: (2) «el sentido común afirma la existencia de una realidad; la ciencia objetiva prueba que esa realidad no puede ser lo que pensamos que es; la ciencia subietiva prueba por qué no podemos pensar

igco positivista, la ciencia objetiva nos enseña que no puede ser lo que pensamos que es. La Religión también reconoce un principio esencialmente idéntico, dice, al que reconoce la ciencia, puesto que reconoce también una realidad, y esta es también incognoscible. (Bella prueba.) De aquí concluye: que la realidad admitida é incognoscible de la Religión, es la realidad admitida é incognoscible de la ciencia. Si yo pretendiera probar, que las enseñanzas de la filosofía spenceriana son las mismas que las de la filosofía escolástica, nadie desconocería lo ilegítimo de la prueba, si así la formulase: La filosofía spenceriana admite algo; es así, que la filosofía escolástica admite una cosa absolutamente idéntica, puesto que también admite algo: Luego ese algo admitido por la filosofía spenceriana es el mismo algo que admite la filosofía escolástica. Pues, el discurso de Spencer es tan disparatado como éste: porque de que la ciencia reconozca una realidad, y esta sea incognoscible, y de que la Religión admita igualmente una realidad también incognoscible, no se sigue la identidad de estas realidades, y por tanto, esa identidad debía ser probada por el lógico de la filosofía natural. Esto es precisamente lo que descuida por completo. Mas tan lejos está de probar tal identidad, que antes por el contrario, en muchos lugares de su obra, nos habla expresamente de la diferencia que existe entre esas realidades. Séanos prueba de esto todo el capítulo II de la primera parte, titulado: Últimas ideas de la Religión, y todo el capítulo III titulado: Últimas ideas de la ciencia. Al fin del capítulo II, concluye el escritor como resumen de todo lo que en él se ha dicho, que la potencia causa del Universo, es, para nosotros completamente incognoscible. (1) Al fin del capítulo III, igualmente, como resumen de lo que en él se ha tratado, concluye así: Luego las ideas últimas de la Ciencia representan todas, realidades incom-

(1) Pág. 43, lín. últ.

prensibles. (1) Bien, estos modos de hablar son por sí clarísimos, y nos dan á conocer evidentemente el pensamiento del autor acerca de las realidades á que en estos distintos lugares se alude, y es, que la realidad de que se habla en el capítulo II, esto es, la realidad proclamada por la Religión, es absolutamente diversa de las realidades de que se habla en el capítulo III, que son las que la ciencia reconoce, pues allá se habla de realidad, es decir, una, y en el capítulo 30 se habla de realidades, es decir, muchas: y aun en el capítulo IV, dice, que no puede haber mas de una causa primera, y reconociendo la infinidad como atributo de esa causa primera única, dice; «que la hipótesis de que haya mas de un infinito, se destruye por sí misma.» (2)

Todos los discursos del capítulo II se versan acerca de la existencia é incognoscibilidad de la causa primera del Universo, independiente, y tan distinta de él, como el efecto lo es de su causa. En el capítulo III, se trata ya de otro género de cuestiones. Ya no se disputa sobre la causa infinita, absoluta é independiente; sino de la naturaleza del espacio, del tiempo, de la materia, del movimiento: es decir: no se trata de la causa del Universo, sino de las sustancias y fenómenos del Universo. Examina el crítico positivista varias hipótesis para dar la resolución de las cuestiones que se propone, y después de no hallarlas satisfactorias, concluye con las palabras que he referido. Luego, las realidades de que se habla en el capítulo III, ó sean las naturalezas de las sustancias ó fenómenos del Universo, son diversas de la realidad de que se habla en el capítulo II, que es la *causa causarum*, ese algo superior que dice Spencer que la Religión ha tenido la misión de revelar á los hombres. Luego, el decir, que nos vemos obligados á mirar todas las cosas como manifestaciones de lo incog-

(1) Pág. 60, princ. del núm. 21.

(2) Líns. 16 y 16 de la pág. 74.

noscible, y el seguir insistiendo en el mismo aserto en varios lugares que se siguen al de la página 90, al grado de hablar de él en la página 125, como de un principio ya sentado, es completamente malicioso, y demuestra el empeño que tiene el autor en infundir á toda costa su panteísmo.

Confírmase lo dicho; porque si según Spencer, es ilegítimo inferir del conocimiento de los modos y atributos de un objeto, conocidos directamente por la experiencia, el conocimiento de la naturaleza de ese objeto; sino que debe decirse con toda seguridad, que tal naturaleza es incognoscible, con mas razón lo es, aplicar á una cosa que ó debe decirse absolutamente incognoscible, ó sólo se tiene de ella una conciencia indefinida, como dice Spencer, de la realidad absoluta, (1) los atributos ó modos que deben convenirle, como son esas manifestaciones de que se trata. Y ¿qué deberíamos juzgar de la maliciosa introducción del principio de que nos ocupamos, cuando en unas partes, como en el pasaje de la página 90, parece inculcarse simplemente la fusión ó identificación de las realidades incognoscibles, y en otras, como en el capítulo III de la segunda parte, se nos dice claramente, no ya que eso que se oculta tras las realidades que llama relativas, sea una misma cosa con la realidad absoluta incognoscible, sino que la misma realidad absoluta es un modo de lo incognoscible?

(2) Y las realidades relativas observadas, ¿no son modos de las realidades que tras de ellas se ocultan, cuando estas, con ser el apoyo de las primeras, son apenas modos de la realidad incognoscible? y ¿esta otra, de cual otra es modo? ¡Oh fábrica infinita de realidades y modos!

Mas, Sr. profesor, como quiera que la fuerza ó poder incognoscible, esa fuerza incondicionada, es la realidad absoluta; y la realidad oculta tras la materia relativa la

(1) Pág. 141, lin. últ.

(2) Pág. 141, lin. últ.

llamais realidad absoluta y modo de lo incognoscible; y ese espacio, que oculto tras el espacio relativo, creéis que debería llamarse absoluto, y por eso preguntais si existe, aunque quizá con todo estudio contestais que eso no tiene respuesta; esa realidad, digo, oculta tras el espacio, es tambien modo de lo incognoscible; la realidad oculta tras el tiempo que deberá llamarse tambien absoluta, es tambien modo de lo incognoscible; pues del tiempo asegurais que debe discurrirse como del espacio; de la realidad oculta tras el movimiento, que según vos, implica los conceptos de espacio, tiempo y materia, deberá decirse lo mismo por análoga razón. Luego, según esto, hay muchas realidades absolutas, una, causa primera y las demás modos de la primera y efectos suyos; ó si no hay mas que una realidad absoluta ¿es ella, causa y efecto de sí misma? ¿es modo de sí misma? *Argo ut ante.*

Después de hablar de la materia, pregunta el autor: «si tal es nuestro conocimiento de la realidad relativa [hablando de la materia] ¿qué diremos de la absoluta? Una sola cosa, responde, que es un modo de lo incognoscible, unido á la materia por la relación de causa á efecto. (1) Al leer estas palabras, me recordaba de aquella graciosa respuesta que habia oido muchas veces á los chicos de escuela cuando alguno de ellos pegaba algún golpe á otro, este decia, no fui yo, fué mi mano; ¿conque la causa de la materia es un modo de lo incognoscible? decid de una vez, claro, como debeis, que lo incognoscible es causa de la materia, y vos mismo nos habréis dado la doctrina de la creación, que tanto os repugna, tal como la profesan los ilusos escolásticos.

Que el profesor de la Filosofía Natural llame á la causa de la materia, un modo de lo incognoscible; mas, como quiera que ello sea, es evidente que Sir Spencer no se refiere á la causa de las modificaciones accidentales

(1) Pág. 146, lin. últ.

de la materia; (de los cuerpos diría un escolástico,) ni tampoco se refiere á la causa que determina á la materia para constituir cuerpos de tal ó tal naturaleza; sino que se refiere á la causa de la materia considerada en general en cuanto al sér real que le corresponde, Y así, la causa de la materia considerada bajo un concepto tan universal, no puede ser otra mas que la causa de su sér, es decir: la causa creadora.

A la verdad, cuando el positivista inglés reconoce la causa de la materia, tal como lo hemos notado, se conforma con lo que los escolásticos acudillados por su Maestro, piensan también acerca de la creación de la materia. Y solo por esta conformidad, me permito citar aquí las palabras del Dr. de las escuelas: (1) «Hoc igitur quod est causa rerum, in quantum sunt entia, oportet esse causam rerum non solum secundum quod sunt talia per formas accidentales, nec secundum quod sunt haec per formas substantiales, sed etiam secundum omne illud quod pertinent ad esse illorum quocumque modo.» «En consecuencia, lo que es causa de las cosas por razón del sér que tienen, debe serlo, no solamente en cuanto á los cambios accidentales que sufren, ni solamente por razón de concretarse á determinada naturaleza; sino en cuanto á todo lo que pertenece al sér de las cosas de cualquiera manera.»

Si, pues, la aserción del defensor de la Filosofía natural, está de acuerdo con el discurso precedente del Dr. Angélico, no debe ser extraña al profesor positivista la conclusión que deduce el autor de la Suma Teológica, y es así: «Et sic oportet ponere etiam materiam primam creatam ab universali causa entium.» «Es, pues, necesario concluir: que la materia, aun prescindiendo de toda modificación y determinación, ha sido creada por la causa universal de todas las cosas.»

Reasumamos todo lo dicho respecto de los principios

(1) 1ª part. Suma Teol. c. 44, art. 2º 0.

de la filosofía spenceriana.

En primer lugar: es absolutamente injustificable el procedimiento de Spencer, de establecer los juicios primordiales dotados de una certidumbre provisional, para fundar la de todos los juicios ulteriores. En segundo lugar: además de que un principio recibido de la autoridad, no puede ser de aquellos que sirven de base á la Filosofía; ni Spencer, ni ninguno de los demás profesores de la filosofía natural pueden tenerse por legítima autoridad para imponerse á las humanas mentes. No tienen, pues, derecho, solo por su autoridad de filósofos, para exigir nuestra adhesión al principio de la Persistencia de la fuerza. En tercer lugar: al exponer este principio nuestro filósofo se alista en el ateísmo, aunque no lo dice; por desgracia (para él) sus doctrinas le traicionan como siempre. En cuarto lugar: por el principio de la indestructibilidad de la materia, vuelve á ser eminentemente ateo y descarado materialista. En quinto lugar: por el principio de que todas las cosas son manifestaciones de lo incognoscible, es un excelente panteísta.

Concluamos, que la definición de la filosofía spenceriana no es buena, y que aquellos puntos de donde es preciso tomar las doctrinas necesarias para exponer tal definición, y para precisar la naturaleza del sistema filosófico de Spencer, son un laberinto de contradicciones.

Permitidme hacer aquí una declaración. Me había determinado proponer como un ejemplo de la inconsecuencia, inconstancia y audacia del gran filósofo, la crítica que hace de las doctrinas sobre el origen del Universo; mas viendo que crecían mucho las proporciones del estudio que me propuse hacer, á fin de exponerlo delante de vosotros en la presente ocasión, prescindí con pesar de este intento. Y digo con pesar, porque si bien es cierto, que no se puede decir que se contradice más. Le veríamos refutando los tres sistemas que allí examina, cuando el suyo es también uno de ellos,

y aun es realmente una monstruosa combinación de dos. ¡Qué refutación! mucho siento que me falte ahora el tiempo necesario para examinarla. Mas ved como concluye la cuestión sobre la naturaleza del Universo. (1) dice: «que es imposible considerar la causa primera como finita, que ha de ser infinita; (2) que la causa primera debe ser independiente, y que esto es una conclusión inevitable; en fin, concluye, que la causa primera debe ser absoluta é infinitamente perfecta, completa, total, omnipotente, superior á toda ley.» Preparémonos para la refutación de todas estas conclusiones. (3) «Si no temiéramos cansar inútilmente la paciencia del lector, fácil nos sería probar que los elementos de esos raciocinios, lo mismo que sus conclusiones, no son sino conceptos simbólicos del orden ilegítimo.» dice el terrible filósofo.

¿No es verdad que ya adivináis una excelente demostración? y le sería fácil darla; pero le detiene el temor de impacientar al lector: aun es todavía mas curioso lo que sigue inmediatamente: «Pero en vez de repetir la refutación empleada anteriormente, vamos á seguir otro método.» Conque, según le hemos oído decir, todavía no prueba, pues le sería fácil; y al mismo tiempo supone que ya probó; pero que no ha de repetir la demostración dada, sino que va á seguir otro método. La primera vez que leí este pasage os confieso haberme impacientado, pero no por el motivo que teme el autor; sino precisamente por no haber encontrado ninguna demostración; mas después, cuantas veces lo volvía á leer, me reía de muy buena gana.

Concluyamos finalmente, que una filosofía que se contradice constantemente, una filosofía inconsecuente y temeraria, no puede ser la verdadera filosofía; ¡cuán lejos está de sustituir á una filosofía, cuyos principios son

(1) Pág. 37, lín. 2.

(2) Lín. 4.

(3) Lín. 32.

irrecusables por ser conocidos por la luz de la razón, cuya virtuosa lógica es proverbial, y por cuya constancia en sus dogmas, ha echado profundas raíces en las escuelas, llamándose por esto «Escolástica;» y que aun hoy día no cedería un paso en sus enseñanzas, ante la vociferación de los modernos filósofos. Mas esta inflexibilidad, no es la de un sistema refractario de la verdad, sería esta su más degradante nota; es, por el contrario, la inquebrantable rigidez de la verdad misma; pues es un hecho que ha permanecido inalterable ante los ataques de sus enemigos. ¡Gloria, pues, á esa escuela, que cuenta entre sus primeros doctores al filósofo de Estagira, y en la época de su más grande perfeccionamiento, al Angel de las escuelas, que arrancó con su privilegiado ingenio los secretos de la filosofía aristotélica, de que Alejandro el Grande se mostraba tan celoso en una carta familiar dirigida á su maestro; (1) é ilustró con luz inextinguible aquellos misterios que Aristóteles declaraba al hijo de Filipo haber quedado ocultos aun después de la publicación de sus libros de Metafísica! ¡Gloria al inmortal Dr. Sollano, primer Obispo de esta Diócesis, que como astro brillantísimo despidió de sí tan intensos fulgores por su ciencia y santidad, que no desaparecen aún de nuestro horizonte! ¡Gloria al grande Estagirita de nuestra escuela de León, cuyas enseñanzas tuve la dicha de oír, y cuyo espíritu vive en nuestro Seminario, para mantener con su soplo la existencia de esa llama sagrada, que veo con placer anima aún á nuestros escolares!

Seguid, jóvenes, cultivando esa filosofía que ha dado al mundo de las letras, los más grandes héroes del saber humano.

He dicho.

(1) Plutarco, vida de Alejandro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECOS

41

004